

Y AL INICIO SÓLO HABÍA EDUCACIÓN, Y LA SOCIEDAD VIO QUE ESO ERA BUENO... HASTA CIERTO PUNTO

H. Diego A. Muñoz León
Servicio de Investigación y Recursos Lasalianos
Casa Generalizia, Roma

RESUMEN

A partir de la pregunta sobre la aceptación de las pedagogías de inspiración cristiana en el conjunto de la reflexión pedagógica actual, el autor propone iniciar una serie de lecturas sobre la historia de la educación y de la pedagogía. Parte de una mirada histórica a la educación desde su intencionalidad social hasta llegar al siglo XVII y ubicar el nacimiento de la Pedagogía como dispositivo que ha permitido al docente codificar ciertos saberes que le son propios. El tema mantiene la puerta abierta al debate sobre la pertinencia de una pedagogía cristiana a partir de los cambios del siglo XVIII y, en especial, abre el debate sobre la pertinencia de la pedagogía lasaliana escrita por los Hermanos a finales del siglo XIX.

Palabras-clave: educación, pedagogía, saberes, pedagogía cristiana, crisis.

Introducción

¿Es posible hablar hoy de una pedagogía de inspiración cristiana, y que ese discurso tenga carta de ciudadanía en el conjunto de los saberes que se construyen en torno a la escuela del siglo XXI?

Ésta es una pregunta que particularmente me he estado haciendo a partir del estudio de *Notes de Pédagogie chrétienne* (1897), escritas por un equipo de *Hermanos de las Escuelas Cristianas* y publicadas en 1903 - en preparación a la 21ª edición de la *Conduite des écoles* - durante un período de alta conflictividad política que desembocó en la expulsión de los Religiosos educadores de las escuelas ubicadas en territorio francés por la *Loi Combes* en 1904.

¿Es que todo lo que hable de Dios es antimoderno, conservador y retrógrado? Parece que era evidente la ideología de los hombres políticos franceses, sobre todo de la Tercera República nacida en 1875 (y parece que sigue siendo el pensamiento de muchos actualmente, y a veces con sobradas razones). Sin embargo, la descristianización de la sociedad europea en general, y francesa en particular, no fue asunto sólo del siglo XIX: se trató un trabajo lento y progresivo que se había venido fraguando desde los inicios de la modernidad, y que había alcanzado su máxima virulencia durante la Revolución Francesa.

Tímidamente, casi dos siglos antes, Descartes había lanzado su grito desgarrador: *pienso, luego existo*. Estaba convencido que había que dejar de lado al Dios medieval para poner al hombre en el

centro de la reflexión y de las decisiones de futuro. Con todo, Descartes fue precavido en no expulsar a Dios de su sistema de pensamiento; apenas comenzaba el siglo XVII y sabía bien que le esperaba la cárcel o la muerte.

No obstante, la crisis de la modernidad del siglo XVIII se desarrolló a pasos agigantados, y no sólo profundizó el deseo de desplazar definitivamente a Dios de la escena humana, sino que su producto, la misma postmodernidad, nacida en los años sesenta del siglo XX, ha venido anunciando también la muerte del hombre. Así Foucault manifestaba en *Las Palabras y las cosas* (1966) que el hombre está comenzando a desaparecer de la filosofía como sujeto de libertad y de existencia porque es, en el fondo, una imagen correlativa de Dios (cf. Castro, 2011, p. 198).

Actualmente la filosofía del siglo XXI busca, a tientas todavía, una nueva alternativa para pensarse a sí misma después del descalabro del comunismo, que ya no ofrece respuestas ni para el pensamiento ni para la acción política revolucionaria, siendo evidente su fracaso a nivel político, económico y social. Estamos en un momento de búsqueda, a veces a tientas, nada claro todavía. Quizás, como intuye Feinmann (2008), habrá que volver a Heidegger para comprender que *el origen es aún* (p. 242).

En consecuencia, si para ser moderno el hombre ha tenido que desdeñar a Dios desde el siglo XVIII, no cabe duda que quienes han venido escribiendo la Historia de la Educación han sido partidarios de eliminar todo rastro cristiano en la pedagogía, o bien, de hacer ver a la pedagogía de inspiración cristiana como un momento obsoleto del pasado. Quienes se sienten comprometidos con las teorías marxistas, han dejado de lado todo aquello que haga explícita mención a la religión como un elemento esencial de la cultura y, por ende, de la educación.

El objetivo de este artículo quizás sea nadar a contracorriente. Se trata de comenzar a hacer lecturas desde la historia que rescaten el lugar que la pedagogía de inspiración cristiana ha tenido para el desarrollo de los saberes sobre la escuela, el niño y los proyectos educativos. Y todo ello, con la finalidad de preparar el camino hacia el estudio del pensamiento pedagógico producido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Francia entre el período de 1897-1903.

Al principio fue la educación...

La educación ha estado presente en la historia de todos los pueblos. *Educare*, guiar, conducir, desarrollar las facultades de los niños para llevarlos a su máxima capacidad humana en el contexto de una cultura particular, ha sido la meta de la sociedad desde sus inicios. “La educación tiene por meta el desarrollo armónico de todas las facultades humanas” (Buisson, citando a Stein, 1887, p. 806).

Desde la historia del mundo occidental podemos recorrer el itinerario de construcción de cada cultura atendiendo a su manera de: entender su experiencia e interrogarse sobre las cuestiones fundamentales de la vida (filosofía), de tomar contacto con la naturaleza para responder a sus necesidades de subsistencia (ciencia), de expresar sus sentimientos y valores profundamente humanos (arte) y de relacionarse con la trascendencia (religión). De este modo, cada generación ha preparado la siguiente y ha asegurado la transmisión de los saberes para colaborar con el desarrollo de una sociedad determinada.

En especial somos herederos de la experiencia griega. Los grandes filósofos fueron a su vez grandes maestros y contaron con pequeños grupos de discípulos. Cuando Roma se adueña del mundo occidental conocido, absorbe la cultura griega y hace su propia síntesis. Así, los *pedagogos*

continúan siendo aquellos esclavos que conducían a los niños a las escuelas. Desde el primer siglo de nuestra era, el cristianismo irrumpe en la historia del mundo occidental y hace una nueva síntesis de las fuentes griegas, romanas y judías; propone un sistema de pensamiento, una cultura y una visión del mundo que actúan como factores de cohesión política (cf. Gauthier y Tardif, 2013, p. 57).

Posteriormente, la Iglesia de la Baja Edad Media se convierte en protectora de la cultura intelectual, del mundo antiguo desaparecido. Siguiendo el esquema de las escuelas romanas surgen las siete artes liberales y se organiza una enseñanza elemental y una secundaria (cf. Gadotti, 2005, p. 42). Pero prevalecía la memoria y la imitación; todavía no había surgido una preocupación pedagógica propiamente dicha (siguiendo a Gauthier y Tardif, 2013).

Incluso a partir del siglo XI, con la aparición de la Escolástica en el horizonte cultural de la Alta Edad Media - una vez que se han descubierto las traducciones árabes de los filósofos griegos, especialmente de Aristóteles - se desarrollan teorías del conocimiento sobre Dios y la Teología adquiere un estatus de ciencia, sustentada en la argumentación filosófica. Nace la Universidad como el lugar de la mayor erudición, a partir de la lectura y el análisis de textos. Se compartía la firme convicción de que la educación tenía que derivar del estudio gramatical y literario de los clásicos cristianos (cf. Bowen, 2001, p. 33).

A continuación, el Renacimiento abre el espacio para la disidencia y la contestación social. El mundo occidental cambia con el descubrimiento de América y se vuelve conflictiva la relación entre la Iglesia católica y la sociedad. Hasta ese momento, la religión, la tradición y la autoridad habían fundamentado el orden social; lentamente, y en camino hacia el siglo XVIII, irán surgiendo la racionalidad, la ciencia y la economía como nuevos motores del progreso humano (cf. Gauthier y Tardif, 2013, p. 20). Y esto tendrá un impacto radical en la educación.

Así, con la sociedad renacentista, nace un nuevo modelo de hombre. Gracias a los nuevos instrumentos del saber, el ser humano se vuelca a comprender el mundo que está ante sus ojos. La Escolástica no es suficiente para entender las leyes de la naturaleza; el intelectual renacentista rescatará de la filosofía griega la capacidad de observación, y el astrónomo incluso irá adquiriendo estatus de científico especialmente en el siglo XVII (cf. Laux, 2001, p. 27). La imprenta hará posible el uso de gramáticas, diccionarios y ediciones críticas de autores antiguos, traducciones del griego al latín (cf. Gauthier y Tardif, 2013, p. 85). Nacerá la experiencia de los colegios, que prepararán al nuevo burgués; una educación elitista seguirá manejada por el clero y continuará formando a la aristocracia y a la burguesía creciente (cf. Gadotti, 2005, p. 52)¹.

Todos estos fenómenos desarrollan una nueva manera de percibir la relación profesor-alumno:

De Vittorino da Feltre a John Colet, de Jean Vives a Johannes Sturm, o de Erasmo a Rabelais, se encuentra el mismo respeto a los niños, una auténtica preocupación en no perturbar su alegría o su serenidad, en adaptar la enseñanza a la edad del alumno, un vibrante llamado a la amistad en confianza, al afecto y la escucha entre profesor y alumno (Gauthier y Tardi, 2013, p. 86).

Pero, entonces, ¿cuándo nace la pedagogía?

Un acontecimiento clave del mundo occidental cristiano va a determinar la irrupción de las escuelas populares como elementos esenciales para la reconducción de la sociedad: son éstas las escuelas producto del protestantismo y su correlato católico de la contrarreforma.

¹ Más adelante se hará una referencia explícita a los Jesuitas.

Ambos proyectos intentarán “educar”, es decir, conducir a los niños al desarrollo de las capacidades esenciales de cada propuesta religioso-cultural: por un lado, los protestantes, necesitarán una población alfabetizada capaz de leer directamente la Palabra de Dios y hacerse dueña de su destino, libre del yugo de la autoridad papal y eclesial; por otro lado, los católicos necesitarán catequizar a la población para reforzar en ella su lazo de fidelidad a la Palabra y a la Tradición de la Iglesia a través de la catequesis. Ambos modelos trabajarán, de manera radical, para crear un modelo de hombre nuevo. Se trataba de dos proyectos en confrontación; la imposición de uno de ellos implicará en la mayoría de los casos la desaparición del otro.

Y es aquí donde compartimos el criterio de Gauthier y Tardif (2013) al señalar que la pedagogía nace en el siglo XVII como expresión consciente y ordenada de hacer y de organizar la clase. Para desarrollar con éxito una escuela masiva era necesario reflexionar sobre el papel del maestro, sus métodos de enseñanza y la organización del espacio escolar. Por lo tanto, hacía falta algo más que organizar contenidos. Nuevos hombres, sensibles ante los nuevos tiempos, tendrían que ser los creadores de una nueva disciplina: ésta es la pedagogía.

La pedagogía nace, entonces, como un dispositivo, como una red de relaciones que se va tejiendo a partir de discursos, reglamentos, leyes, principios, experiencias, narraciones y espacios físicos², que permiten codificar ciertos saberes propios del docente. Dichos saberes, producto de su experiencia y de su reflexión personal y comunitaria, le permiten conducir los procesos de enseñanza, de tal manera que los alumnos puedan aprender en las mejores condiciones posibles, alcanzando en consecuencia, los resultados esperados.

Los discursos pedagógicos del siglo XVII, entonces, no son productos necesariamente de una élite intelectual, a manera de los grandes filósofos de la Edad Media o del Renacimiento; son contruidos por pedagogos experimentados que explicitan su saber y su acción: tal es el caso de Comenius (1592-1670), Charles Démia (1637-1689) y Juan Bautista de La Salle (1651-1719), entre otros (cf. Gauthier y Tardif, 2013, p. 102). Son los nuevos intelectuales de la escuela, capaces de generar un conocimiento en la práctica, de sistematizar una experiencia para convertirla en saber, de un saber capaz de ser reflexionado y compartido por una comunidad de hombres y mujeres dedicados a la misma tarea.

Para muchos especialistas, Comenius es el fundador indiscutible del pensamiento pedagógico del mundo occidental. En su *Didactica magna* esboza un método que garantiza el aprendizaje de una mayor cantidad de conocimientos, de una manera más rápida y en mejores condiciones. Su método se inspira en la naturaleza que, como obra divina, es perfecta y ordenada (cf. Gauthier y Tardif, 2013, 114). El sentido del orden es fundamental para entender el desarrollo del pensamiento pedagógico: es necesario para organizar la enseñanza simultánea de grupos numerosos, el espacio escolar y el tiempo; las posturas de los alumnos, los conocimientos y las técnicas a emplear.

Siendo protestante, Comenius es invitado a Francia por el Cardenal Richelieu, con la finalidad de elaborar un proyecto de reforma escolar y crear una escuela pansófica³ en París. Pero, la muerte de dicho Cardenal no permite la continuación del proyecto (cf. Cussey, 2001, p. 143). Además, Comenius se aleja de Francia porque decide aceptar la invitación de los ingleses a trabajar en la reforma de su enseñanza (Avanzini, 1981, p. 34). Debido a estos motivos, el ideal pedagógico de Comenius permanece prácticamente desconocido en suelo francés; aparte, el sistema político – religioso del Antiguo Régimen no hubiese sido favorable a la presencia de un protestante en la educación francesa del momento.

² Con el término dispositivo asumimos la visión genealógica foucaultiana (cf. Castro, 2011, p. 114).

³ El ideal pansófico de Comenius, enseñarlo todo a todos.

El segundo pedagogo es Charles Démia, un sacerdote católico de Lyon. Está preocupado por las malas condiciones en las que viven los pobres de la ciudad y publica sus *Amonestaciones* (*Remonstrances*) en 1666, que tendrán una enorme influencia sobre Nicolás Barré, Nicolás Roland y Juan Bautista de La Salle (cf. Lauraire, 2011, p. 87). Retoma las ideas esbozadas por Jacques de Batencour en *La Escuela Parroquial o la forma de instruir bien a los niños en las Escuelas Menores*, texto de 1654⁴. Publica en 1685 los *Reglamentos para las Escuelas de Ciudad y Diócesis de Lyon, elaborados por el Señor Charles Démia, sacerdote, Promotor General delegado del Arzobispo y Director General de dichas escuelas*.

Atendiendo a los problemas propios de la sociedad lionesa, intenta organizar las escuelas para que respondan a las necesidades de los pobres y de los ricos de la ciudad; se preocupa por el provecho de los alumnos a las instrucciones de la clase, el sistema de admisión y consecución escolar y el pago de los maestros. Para combatir el analfabetismo y atraer el ingreso de los niños pobres a las escuelas, desarrolla estrategias originales. Es un maestro que piensa desde una realidad concreta. “Démia creó el primer organismo francés de formación de maestros en 1678” (Gauthier y Tardif, 2013, p. 113).

El tercer pedagogo de referencia es Juan Bautista de La Salle, sacerdote y canónico de la Catedral de Reims. Como teólogo y doctor en Teología no piensa en asumir “el cuidado de las escuelas” (MSO, 4) hasta que recibe la invitación explícita de su prima Maillefer por intermedio de Adrián Nyel (1621-1678), un maestro de Rouen experimentado y fiel, que lo introduce en pocos años al mundo de las escuelas parroquiales; considerado por los biógrafos de La Salle, especialmente Blain, como su precursor, “el primer Hermano de las Escuelas Cristianas” (Blain, CL 7, p. 282), Nyel ocupa un lugar central en la experiencia de los orígenes de la pedagogía lasaliana.

La Salle instituye comunidades con una fuerte identidad y dedicadas exclusivamente a la enseñanza; formarán una sociedad, que será reconocido oficialmente como el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, por parte del rey Luis XV en 1724 y por la autoridad papal en 1725. Juntos, en un largo itinerario de casi cuarenta años, irán estableciendo una manera propia de entenderse como maestros laicos consagrados a tiempo completo a su empleo, de organizar la escuela como espacio de relaciones y de trabajo y de construir un proyecto escolar desde el horizonte cristiano.

Con el correr del tiempo, La Salle y los primeros Hermanos organizan una síntesis original de formación en los rudimentos del saber (lectura, escritura, cálculo); una formación cristiana, asentada en un ambiente profundamente religioso, propio del Antiguo régimen (catecismo, oración y prácticas religiosas) y una formación para las relaciones sociales (urbanidad y cortesía). Así, producto de su experiencia, van escribiendo en comunidad la *Guía de las Escuelas*, que se convierte en su manual de funcionamiento escolar. Lo van modificando año tras año, hasta que alcanza su versión más definitiva para 1717. Posterior a la muerte de La Salle (1719), los Hermanos aseguran su primera publicación en 1720. Este manual va a continuar evolucionando, y contará con 22 ediciones diferentes, siendo la última en 1916.

No podríamos cerrar este punto sin hacer mención a los Jesuitas. Inician su primer colegio en el sur de Italia, en Messina, en 1548. Crearon una red de centros educativos - organizados bajo el mismo modelo descrito en la *Ratio Studiorum* (1599) – que alcanzan una gran expansión en el siglo XVII (cf. Lauraire, 2011, p. 24). Su propuesta educativa se circunscribe a los colegios, que gozan de gran

⁴ “La obra obtuvo un gran éxito y amplia difusión fuera de la capital. Una reedición de 1685 aportó nuevos retoques. En ese momento, el autor hacía tiempo que había fallecido, lo cual demuestra el interés por la obra. Todo lleva a pensar que Charles Démia y Juan Bautista de La Salle conocieron dicha obra, por estar ambos estrechamente relacionados con la Parroquia de San Nicolás de Chardonnet de la cual había salido la obra” (Lauraire, 2011, p. 79-80).

prestigio por su calidad académica a nivel secundario. Este modelo servirá para educar a los hijos de las familias acomodadas e influyentes para el ejercicio de sus responsabilidades en la sociedad del Antiguo Régimen (cf. Lauraire, 2011, p. 50). 107

La pedagogía cristiana, una tradición combatida

La pedagogía, como dispositivo de saberes que los maestros del siglo XVII fueron elaborando para responder a las necesidades educativas de la sociedad, especialmente para responder a los desafíos de la masificación educativa, encontró rápidamente un escollo importante: la sociedad del siglo XVII, profundamente cristiana, fundada en la jerarquía, la disciplina, el orden y la autoridad, estaba cediendo el paso a través de una lenta y profunda crisis a una sociedad nueva. Los hombres del siglo XVIII comenzarán lentamente a rechazar los límites, la autoridad y los dogmas. La sociedad iniciaba a cuestionar su raíz cristiana y caminaba hacia una profunda descristianización. Es el proceso que Paul Hazard (1961) describe en el origen de la crisis de la conciencia europea.

La Iglesia, por su parte, había mantenido el celoso resguardo sobre la educación y la moral del pueblo; durante el Antiguo Régimen había actuado como árbitro para evaluar la calidad de los maestros y revisar los contenidos de la enseñanza. Animaba las iniciativas para la educación de los menos ricos, pero vigilaba especialmente que el aprendizaje de la lectura y de la escritura permitiera una mejor práctica religiosa y un mejor conocimiento de la liturgia. El catecismo se mantenía como el centro de la instrucción religiosa. La escuela tenía que asegurar que las oraciones se aprendieran y se comprendieran. Sobre todo a partir de la revocación del *Edicto de Nantes* (1698), la Iglesia católica en Francia había intensificado su trabajo de formación de los niños desde las escuelas parroquiales (cf. Bély, 2015, p. 438).

Pero, al interno de la sociedad francesa, la Iglesia galicana vivía un período de profunda agitación. Fiel a su identidad francesa, desde el siglo XVII había comenzado a marcar su distancia de la Iglesia romana, acentuada aún más por el rechazo de Roma al movimiento jansenista, a través de la proclamación de la *Bula Unigenitus*, que condenaba las 101 proposiciones de Quesnel, hecho ocurrido en 1713 por el Papa Clemente XI. El clero francés, dividido entre ultramontanistas⁵, galicanos y jansenistas, comenzará a experimentar una fractura interna que lo llevaría a jugar incluso un papel de liderazgo en la oposición cada vez más creciente hacia la monarquía, junto a los Filósofos, y que sumaría fuerzas hacia el desarrollo de la Revolución Francesa a final del siglo (cf. Van Kley, 2002).

Es en este marco que la pedagogía fundada en el siglo XVII entra en conflicto con la crisis social del siglo XVIII. Una tradición, avalada por una comunidad estable de maestros, tal como ya era el trabajo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas o de los Jesuitas, formaba a los niños bajo el mismo método, por maestros formados bajo el mismo modelo. Podemos afirmar, siguiendo a Gauthier y Tardif (2013, p. 124), que se trataba de un código uniforme de un saber-hacer, celosamente guardado por una institución, y que contenía los elementos esenciales de la organización escolar, la metodología de enseñanza, la secuencia de los procesos de aprendizaje de los alumnos, la disciplina y la vigilancia, el sistema de recompensas y castigos y, sobre todo, y muy importante, la integración de todos esos elementos en un horizonte cristiano, cuya expresión máxima era la formación cristiana de los niños a través del catecismo, las oraciones y las actividades litúrgicas.

⁵ Fieles al Papa en Roma, de un reino físico y espiritual ubicado más allá de las montañas de los Alpes.

Éste será el código pedagógico que será combatido por los protagonistas de la crisis del siglo XVIII: los Filósofos del Iluminismo, los jansenistas y los partidarios de todo aquello que pudiese socavar las bases del Antiguo Régimen en Francia. La posición de los Hermanos de las Escuelas Cristianas será particularmente complicada cuando este movimiento heterogéneo de política, filosofía y religión ponga en entredicho las bases de la sociedad del momento, de las que la religión católica era fundamental (cf. Rigault, 1938, p. 402-403). 108

...Hasta cierto punto

La reflexión que se ha ofrecido hasta este punto quiere llamar la atención sobre la necesidad de confrontar nuestras diversas lecturas con el fin de revisar los principios sobre los cuales hemos construido nuestros sistemas de valoración del binomio pedagogía-educación. Quizás debamos caminar en la línea de una integración entre el horizonte cristiano crítico y la sistematización de nuestro saber construido sobre el enseñar y el aprender de hoy.

Nos hemos quedado en los inicios del itinerario de crisis y búsquedas del siglo XVIII, sobre todo focalizando nuestra mirada en el mundo francés, del cual surge Juan Bautista de La Salle como uno de sus pedagogos fundantes.

La reflexión pedagógica, que nace en el siglo XVII, va a ser combatida por una sociedad que busca desesperadamente un nuevo modelo que responda a su sed de libertad, igualdad y fraternidad.

El siglo XVIII no será fácil. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas intentarán salir adelante, pero en medio de grandes tensiones. La Revolución Francesa los eliminará como sociedad reconocida en 1792; el Imperio napoleónico los restituirá en sus funciones en 1804, pero el mundo del siglo XIX será muy diferente.

Cuando la pedagogía siga evolucionando, la reflexión creada en el siglo XVII será tildada de tradicionalista y retrógrada, especialmente por su carácter cristiano. La Escuela Nueva se encargará de caricaturizarla para imponerse como opción de cambio, muchas veces invisibilizando sus propuestas. Y los garantes de la escuela “tradicional” harán lo posible para dar razones de su ser y hacer. Es, en ese momento, en el que los Hermanos escribirán y publicarán sus *Notes de Pédagogie chrétienne pour servir à la préparation d’une nouvelle édition de la Conduite des écoles d’après les principes du Bienheureux J. B. de La Salle* en 1897. Pero necesitaremos hacer una revisión más exhaustiva de los siglos XVIII y XIX para comprender el alcance de su propuesta.

Referencias

- Avanzini, Guy (dir.) (1981). *Histoire de la Pédagogie du 17^e siècle à nos jours*. Toulouse, Éditions Privat. Histoire Contemporaine des Sciences Humaines.
- Bély, Lucien (2015). Écoles et Alphabétisation. En : Bély, Lucien (dir.). *Dictionnaire Louis XIV*. Paris : Éditions Robert Laffont, p. 438-440.
- Blain, Jean-Baptiste (1961). La vie de Monsieur Jean-Baptiste de La Salle, Instituteur des Frères des Écoles chrétiennes. Tome I. Rome : Maison Jean-Baptiste de La Salle. *Cahiers lasalliens* 7.

- Bowen, James (2001). *Historia de la educación occidental. Tomo II. El Occidente moderno. Europa y el Nuevo Mundo. Siglos XVII-XX* (3º ed.). Barcelona: Editorial Herder (Trabajo original publicado en 1981).
- Buisson, F. (dir.) (1887). *Dictionnaire de Pédagogie et d'Instruction Primaire*. 1^{re} Partie. Tome Premier. Paris : Librairie Hachette.
- Castro, Edgardo (2011). *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores.
- Cussey, Alain. Comenius. En: Avanzini, Guy, Cailleau, Audin, A.M. et Pénisson, P. (dir.) (2001) *Dictionnaire Historique de l'Éducation chrétienne d'expression française*. Paris: Éditions Don Bosco, p. 143-145.
- Feinman, José Pablo (2008). *¿Qué es la Filosofía?* Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Frères des Écoles chrétiennes (1903). *Conduite à l'usage des Écoles chrétiennes*. Enseignement Primaire Élémentaire. Paris, Procure Générale, 78, Rue de Sèvres.
- Frères des Écoles chrétiennes, (1897). *Notes de Pédagogie chrétienne pour servir à la préparation d'une nouvelle édition de la Conduite des écoles d'après les principes du Bienheureux J. B. de La Salle*. Paris, Procure générale, Rue Oudinot, 27.
- Gadotti, Moacir (2005). *Historia de las ideas pedagógicas* (6º ed.). México. Siglo XXI editores. Traducción del original en portugués: Noemí Alfaro.
- Gauthier, Clermont y Tardif, Maurice (2013). *A Pedagogia. Teorias e práticas da Antiguidade aos nossos dias*. Petrópolis. Editora Vozes. Tradução desta edição do original Frances: Guilherme João de Freitas Teixeira.
- Hazard, Paul (1961). *La crise de la conscience européenne. 1680-1715*. Paris : Librairie Arthème Fayard.
- Lauraire, Léon (2011). *La Guía de las Escuelas. Aproximación comparativa*. Roma: Casa San Juan Bautista de La Salle. *Cahiers lasalliens* 63.
- Laux, Henri (2001). Qu'est-ce que le XII^e s. ? En : Laux, Henri et Salin, Dominique (dir.) (2002). *Dieu au XVII^e siècle. Crises et renouvellements du discours. Une approche interdisciplinaire*. Paris : Éditions Facultés Jésuites de Paris, p. 11-27.
- Rigault, Georges (1938). *Histoire générale de l'Institut des Frères des écoles chrétiennes. Tome II. Les disciples de Saint Jean-Baptiste de La Salle dans la société du XVIII^e siècle. 1719-1789*. Paris. Librairie Plon.
- Van Kley, Dale K. (2002). *Les origines religieuses de la Révolution française 1560-1791*. Paris : Éditions du Seuil (Traduit de l'anglais, États-Unis, par Alain Spiess).